

El pregón y el pregonero

Desde mi celda vengo dándome cuenta del cruce de los altavoces que en principio me parecían propio de la escandalera política y poco dignos de atención, pero ahora me están pareciendo, por su continuidad, que se utiliza para toda clase de propagandas, comerciales o no.

Hay que expresarlo así, en sentido dubitativo, porque no se entienden y ni aproximadamente pueden compararse con los buenos pregoneros de antiguamente que no solamente se entendían con claridad sino que además te explicaban claro al paso y en voz natural al acabar el pregón, en todo el trayecto, porque el pregonero no fue en coche jamás ni le hacía falta, le bastaba con estar a la altura de los oyentes, que es lo necesario para caminar al compás, lo mismo que el alcalde, el cura o el médico. Pastor que se aleja de la grey no la conocerá nunca bien y la gobernará equivocadamente. Y no hay duda que este fue uno de los factores de la supremacía de Estrella, el no apartarse nunca del redil ni soltar la garrota por vestirse majo.

Nuestra política ha tenido grandes hombres, como Romero Robledo o Sagasta o el mismo Romanones, hombres de acción, porque la política es acción, no contemplación y Estrella, en medio de la plaza y mezclado con las gentes siempre, aprendió todos los manejos como nadie, sin saber de nada ni ser listo, pero la práctica le dió una soltura formidable para nadar y guardar la ropa.

Había en su época un gran pregonero que a su vez era un gran tamborileiro, Vicente Martínez o Vicente el Pregonero, que por algo le aplicarían como apellido el nombre del oficio, porque lo tenía todo, personalidad, don de gentes, prestancia y aire de autoridad, pues era herenciano y tenía su misma presunción, dando gusto a todo el mundo, pues estaba desde por la mañana en la puerta del Ayuntamiento, pronto a salir por el pueblo, pregonando las Cédulas Personales, las sardinas del 'Corneta, los melones de cualquier tomesero o las puertas y ventanas que habían llegado a la posada, pero ahora ni asomándose a la calle se sabe lo que dicen y parece que hablan con la boca empañada, o llena de humo.

Con su andar ligero y sus carnes vibrantes, Vicente caminaba recorriendo el pueblo revestido de autoridad que explayaba al redoblar el tambor gordo durante un rato al llegar a los puntos marcados, uno de ellos la esquina de Reguillo, que se entraba los palillos en los soportes de la bandolera y sacaba el papel de los holgados bolsillos de los pantalones y se ponía a leer con el rigor de la ordenanza y el tono enérgico que le había explicado Emiliete para que se enterasen bien y que no faltaran, que sino ya verían:

— D. Mariano Moreno Donaire, Alcalde presidente de esta ciudad, (se trataba de Mariano Mocho).